

¿Coreanizando América Latina? Un ensayo sobre la industrialización exportadora en México, Brasil y Argentina¹

Gustavo Ernesto Emmerich²

¹ Síntesis de las conclusiones de la tesis de doctorado en ciencia política del autor: "Crisis económica y formación de políticas públicas en América Latina. Un análisis comparativo", UNAM, México, 1987.

² Profesor de la UAM-I.

La estrategia de crecimiento económico orientado hacia la explotación ha transformado los nuevos países industrializados de Asia. Ha convertido economías agrarias atrasadas como las de Corea y Taiwán, y antiguas avanzadas coloniales, como Hong Kong y Singapur, en modernas y dinámicas sociedades, con desempleo notablemente más bajo y con ingresos más altos y mucho mejor distribuidos que muchos países en desarrollo ricos en recursos. Su exitoso récord ofrece valiosas lecciones, en especial para los países endeudados de América Latina, África y otras partes de Asia.

The Morgan Guaranty Trust, *World Financial Markets*, enero de 1987, p. 10.

Algo está cambiando, muy en el fondo, en los países más avanzados industrialmente de América Latina: Argentina, Brasil y México. Un nuevo patrón de acumulación, un nuevo modelo de desarrollo, parece estar tomando forma.

Los cambios hasta ahora perceptibles apuntan a una mayor vinculación de las más grandes economías latinoamericanas con el mercado mundial, por la vía de reorientar la producción manufacturera hacia la exportación. Esto en sí no tiene nada de malo. El problema es: por qué y cómo se intentará adoptar un patrón de *industrialización exportadora*.

¿El *por qué*? No porque la planta productiva haya cubierto las necesidades del mercado interno y busque entonces salidas en el exterior a su producción: hay todavía en Argentina, en Brasil, en México, millones de necesidades insatisfechas, millones de consumidores potenciales sin capacidad de demanda efectiva, sin ingresos. Son la crisis económica que afecta a América Latina y las actuales

condiciones de internacionalización del capital y de los procesos productivos lo que está impulsando a los gobiernos latinoamericanos a buscar una nueva modalidad de inserción, secundario-exportadora, en la economía mundial. Se intenta con ello obtener divisas con que servir la deuda externa y dar salida a una producción manufacturera que actualmente no la encuentra en los exangües mercados internos.

¿Cómo se logrará esto? Aprovechando las principales “ventajas comparativas” e incentivando a las empresas, especialmente trasnacionales, para que orienten su producción cada vez más hacia la exportación. ¿El principal incentivo?: la garantía de que obtendrán altas tasas de ganancia. (Como ha venido sucediendo en Corea con los resultados que están a la vista: luego de un *boom* económico artificial y mal distribuido, el país asiático se ve hoy convulsionado por la masiva protesta popular, estudiantil, sindical y política, contra la dictadura militar y su modelo económico).

Aunque la crisis que en los últimos años viene golpeando a América Latina se vincula con factores externos (altas tasas de interés, deterioro de los términos del intercambio, interrupción del aflujo de capital extranjero), sus orígenes reales se encuentran bien adentro de la economía y la política latinoamericanas. La actual es mucho más que una crisis cíclica o que una crisis causada por factores externos. Es, más bien, la crisis de todo un modelo de desarrollo ampliamente apoyado en el capital extranjero, las empresas trasnacionales, la tecnología importada, y aun en modos de vida y de consumo importados. Remedando una conocida terminología cepalina, podemos llamar a esto *modelo de desarrollo desde afuera*.

Este modelo fue introducido durante los sesen-

ta y los setenta, cuando la previa *industrialización hacia adentro* se vio en dificultades, por falta de capital y tecnología, para entrar en la llamada “fase difícil” de la sustitución de importaciones (esto es, la producción local de bienes durables de consumo y de bienes de capital). Para continuar adelante con el proceso de industrialización, los gobiernos y los sectores más fuertes de las burguesías locales promovieron entonces la inversión extranjera directa y obtuvieron amplio financiamiento externo.

El *modelo desde afuera*, concentrador y excluyente, distorsionó el aparato productivo y la estructura social. La concentración de la propiedad y el ingreso, la reestructuración de la estructura productiva y de servicios, y el autoritarismo político, hicieron accesibles a las capas acaudaladas de la población los modos de vida y consumo “importados” publicitados ampliamente por los medios masivos de comunicación. Las mayorías poblacionales disfrutaron en medida muy desigual de los avances de la *industrialización desde afuera*.

Las características mismas del modelo, políticamente autoritario, socialmente injusto y económicamente muy vulnerable a los factores externos, llevaron a la crisis del mismo. En lo político, a partir de 1978 tomó fuerza un proceso de democratización que liquidó a la mayoría de las dictaduras que *manu militari* introdujeron el *modelo desde afuera* en diversos países de la región; la caída de las dictaduras fue resultado de, y a la vez dio auge a, una hasta ahora difusa e inefectiva contestación popular al modelo.

En la actualidad diversos gobiernos latinoamericanos proceden sobre el supuesto tácito de que un desarrollo industrial autónomo, integral y auto-centrado ya no es posible en la presente época de internacionalización del capital y los procesos pro-



Fotografía de Jorge Velázquez

ductivos. Consecuentemente, en los países más avanzados de América Latina, que tienen una base material para ello, como México, Brasil y Argentina, los gobiernos y los sectores burgueses de capital más concentrado y con mayores vinculaciones externas, están propiciando la transformación de las estructuras productivas existentes para orientarlas hacia la exportación de bienes manufacturados.

En México, la administración De la Madrid ha promovido un amplio debate sobre la “reconversión industrial” y la promoción de exportaciones manufactureras. En Brasil, desde 1980 las exportaciones de bienes manufacturados representan más de la mitad de las exportaciones. Argentina está inmersa en un debate más a corto plazo sobre inflación, salarios y precios, pero la exportación de manufactu-

ras es también una prioridad central para su gobierno. En lo internacional, la “propuesta Baker”, los “préstamos de ajuste estructural” del Banco Mundial y los nuevos criterios de condicionalidad del FMI (aplicados a los convenios de 1986 con México y 1987 con Argentina) están también destinados a promover la exportación de manufacturas.

Para ser efectiva y duradera, la promoción de las exportaciones de manufacturas requiere de una transformación general de la sociedad, de un nuevo modelo de desarrollo que abarate el costo de los productos terminados y eleve la tasa de ganancia. Con respecto a este nuevo modelo de desarrollo industrial-exportador, puede sostenerse que:

1. La competitividad internacional es un prerrequisito esencial para todo plan de industrializa-

ción exportadora. Será necesaria una política comercial de puertas abiertas para reciprocitar el acceso a los mercados externos y promover la eficiencia interna. Esto podría llevar a la reestructuración del sistema productivo, vía la eliminación de sus sectores "ineficientes". La importación de alta tecnología y las empresas trasnacionales se harán más significativas que nunca. Las vinculaciones con el exterior y las posibilidades de exportación condicionarán la evolución y la forma de la estructura productiva interna.

2. Los bajos impuestos (y la facilidad para evadirlos) serán un estímulo para inversionistas locales y foráneos. Se recortarán actividades y gastos del Estado. El mercado libre regulará las transacciones internas y externas. La "interferencia" sindical en la fijación de los salarios se verá reducida, y aumentada la del Estado; los salarios tenderán a reducirse aún más, las horas de trabajo efectivo a alargarse, y su intensidad a aumentar. Las ganancias del capital serán mayores. Serán creados o perfeccionados sistemas de educación técnica y se los vinculará directamente con las necesidades del capital.

3. La diferenciación social se hará más aguda, los trabajadores tendrán acceso limitado a los principales beneficios del desarrollo, y el autoritarismo político podría reaparecer como medio de garantizar las ganancias del capital y el funcionamiento mismo del modelo industrial exportador.

4. Aunque no tan profundamente como en los países del Sudeste Asiático, la exportación de manufacturas se basará en las principales "ventajas comparativas" de los países subdesarrollados: trabajo barato, acceso directo a los recursos naturales, falta de restricciones ecológicas y de seguridad laboral, bajos impuestos. Estas "ventajas" serán aprovechadas principalmente por las empresas trasnacio-

nales ligadas con el mercado mundial y propietarias de la tecnología, las marcas y los diseños necesarios para penetrar en él.

5. Lo anterior no significa que Argentina, Brasil o México puedan convertirse en versiones latinoamericanas de Corea o Taiwán, como sugiere el Morgan Guaranty Trust. Los tres países tienen actualmente gobiernos constitucionales preocupados por el mantenimiento de su legitimidad y —más Argentina y Brasil que México— sistemas políticos abiertos donde los problemas son seriamente discutidos. Poseen fuertes movimientos sindicales que presumiblemente se opondrán a transformaciones desfavorables a los intereses de los trabajadores. Tienen una estructura manufacturera bastante diversificada y adaptada desde hace décadas a servir las necesidades del mercado interno, al que, pese a su deterioro, continuará destinado el grueso de la producción de bienes manufacturados.

En resumen: si los supuestos anteriores resultan ser ciertos (el tiempo y las luchas sociales lo dirán), podríamos estar asistiendo al nacimiento de una nueva "regulación" del capitalismo latinoamericano. Esto es: nuevos procesos de trabajo, nuevas relaciones entre el trabajo y el capital, nuevo papel del Estado en la preservación del funcionamiento del capitalismo. El camino elegido para ello, como ya se dijo, es la adecuación y apertura de las economías de los tres países a las nuevas realidades del sistema capitalista mundial, seriamente transformado en los últimos pocos lustros por los efectos de la crisis global.

La introducción acelerada de nuevos materiales, tecnologías y procesos de trabajo, junto con la centralización e internacionalización del capital y los procesos productivos, se cuentan entre las más notorias de estas nuevas realidades. Estas transfor-

maciones favorecen al gran capital (especialmente al financiero), ya que le permiten modificar en su favor la regulación de posguerra, basada —en los países capitalistas avanzados— en el consumo de masas. En estos países está surgiendo una nueva regulación orientada a superar la contradicción entre una realización asegurada por el consumo de masas y una tasa de ganancia amenazada por los altos ingresos de los trabajadores, necesarios para la existencia del consumo de masas.

La nueva regulación intenta superar esta contradicción con base en un nuevo pacto social que contemple un menor papel del Estado en la promoción del crecimiento económico y el bienestar social, y además: reducción (moderada y por sectores) del salario directo de los trabajadores, reducción (fuerte) del salario indirecto, reconversión industrial e introducción de nuevos materiales, tecnologías y procesos de trabajo, centralización e internacionalización de los flujos de capital y los procesos productivos. Para lograr el nuevo pacto social y las transformaciones conexas, ha sido necesario debilitar el poder sindical (a lo que la propia crisis ha ayudado) y fortalecer ideológicamente el funcionamiento de una “democracia conservadora”, como ha sucedido particularmente en Estados Unidos e Inglaterra.

La inflación, la persistencia del desempleo y la generalizada reducción de los gastos sociales gubernamentales han erosionado en los últimos años los ingresos reales de los trabajadores en los países capitalistas avanzados. Abundan casos en que, para salvar sus empleos, los trabajadores han tenido que aceptar programas de reducciones salariales o de recortes de personal. Sin embargo, la remodelación de la relación salarial no parece ser el mecanismo principal de defensa de la tasa de ganancia en los

países capitalistas avanzados, ya que la estructura social de estos países no consiente transferencias sectoriales de ingreso tan rápidas y agudas como las acostumbradas en América Latina. Además, los trabajadores de los países capitalistas avanzados tendrán que seguir consumiendo masivamente para que su economía pueda retomar un ritmo expansivo y para que el nuevo pacto social y político se construya sobre una base de legitimidad.

Las armas principales contra la baja de la tasa de ganancia parecen ser entonces la “reconversión industrial” en los propios países avanzados y la inaudita (pese a las tendencias proteccionistas) internacionalización de la economía. Entre otras cosas, la reconversión industrial implica: introducción acelerada de nuevas tecnologías (informática, automatización, robotización) que reducen la incidencia del factor mano de obra en la producción; combinado con lo anterior, utilización de nuevos materiales (sintéticos, muchas veces) que reducen la incidencia del factor insumos; transformación de los procesos de trabajo, donde el trabajo en grupos semi-autónomos según el “principio informático” va desplazando al trabajo repetitivo según el “principio mecánico” típico de la producción en cadena; consecuentemente, deterioro de las condiciones de trabajo del obrero manual tradicional, en beneficio del técnico adaptado a los nuevos procesos informatizados; reducción del peso relativo de los sectores primario y secundario de la economía en favor del terciario (servicios); fragmentación de los procesos productivos en unidades separadas y empresas “independientes” y muchas veces distantes entre sí; papel predominante de las empresas propietarias del capital y la tecnología sobre las empresas fragmentarias que maquilan para ellas; debilitamiento del sindicalismo tradicional y surgimiento de una

mentalidad de "progreso individual" basado en la capacitación y adaptabilidad personal de los trabajadores.

Los procesos señalados, impulsados y aprovechados —con apoyo estatal— por las empresas más grandes y tecnificadas y por los bancos (en suma, por el capital financiero) han repercutido ampliamente sobre la economía mundial. En los setenta y ochenta las relaciones y flujos económicos internacionales han adquirido una magnitud e importancia nunca antes vistas. El gran capital y las grandes empresas transnacionales están prácticamente borrando las fronteras de los espacios económicos nacionales y creando una economía mundial unificada a la cual tienen que someterse crecientemente las políticas económicas domésticas.

Entre los cambios recientes más importantes de la economía mundial destacan: la amplitud de los flujos financieros y su predominancia por sobre los flujos reales en las relaciones económicas internacionales; la correspondiente predominancia del capital financiero transnacional en la reorganización de la economía mundial; la cada vez mayor importancia del comercio de servicios respecto del comercio de bienes; la reducción del ritmo de crecimiento de la demanda de los países desarrollados por alimentos y materias primas, resultante de los cambios tecnológicos y del crecimiento de la producción agropecuaria en estos países; la fragmentación e internacionalización de los procesos productivos para el máximo aprovechamiento de las "ventajas diferenciales" de cada país; la relocalización de procesos industriales ecológicamente "sucios", o intensivos en mano de obra o en materias primas de acceso directo, hacia los países subdesarrollados; la aguda competencia entre los países desarrollados por el control del mercado internacional (e incluso de sus

propios mercados internos, lo que ha llevado al proteccionismo).

Los países subdesarrollados tienen una nueva función dentro del sistema económico internacional que está surgiendo. Seguirán proveyendo de materias primas y alimentos a bajo costo a los países centrales, pero su tarea principal (en especial de los más avanzados de entre ellos) será encargarse de procesos industriales que puedan realizar a menor costo (financiero, ecológico o social) que los países centrales. Contribuirán así al abaratamiento del costo final de la producción global y a la reconstitución de la tasa de ganancia en los países centrales, en una forma que no afecte mayormente el consumo de masas en estos últimos (que se quiere siga siendo motor del crecimiento global y base de la estabilidad política en los países capitalistas avanzados).

A pesar de sus diferencias en cuanto a dotación de recursos, políticas económicas y condicionantes político-sociales, gobiernos como los de México, Argentina y Brasil están adoptando estrategias de largo plazo destinadas a adaptar sus economías a la nueva situación global. Básicamente, buscan mejorar la competitividad internacional (en costos y calidad) de su producción industrial, para así poder aumentar la exportación de manufacturas ante la presente y al parecer perdurable depresión de sus mercados internos. Ello les permitirá tal vez ingresar suficientes divisas con que superar en el mediano plazo la crisis de la deuda externa. Pero reforzará su inserción subordinada y dependiente en la economía mundial y agravará las condiciones de vida de su población. La reconversión o "modernización" industrial y la aplicación de nuevas tecnologías (incluso capital-intensivas y ahorradoras de mano de obra: la prioridad es la competitividad internacio-

nal, y no la eliminación del desempleo), la exhaustión de los recursos naturales, la proliferación de plantas industriales fragmentarias cuya producción se destina a terminales situadas en los países centrales, la compresión de los salarios reales y el consumo interno, la continuada subordinación a las exigencias del capital financiero trasnacional, la transferencia de recursos vía servicio de la deuda, parecen ser las piedras que pavimentan el camino de la adaptación al nuevo sistema económico mundial. Camino que está siendo ansiosamente recorrido por México con De la Madrid, por el que quiere dar sus primeros pasos la Argentina de Alfonsín, y por donde hasta el momento se niega a caminar Brasil (que ha entendido la exportación de manufacturas como la clave de su autonomía, y no de su renovada subordinación).

Desde esta perspectiva, se comprenden cabalmente la coherencia y racionalidad globales de muchas políticas y estrategias de administración de la crisis adoptadas por los tres gobiernos, que en el largo plazo apuntan al surgimiento de un nuevo modo de regulación basado en:

— Cambios en los procesos de trabajo: “modernización” de las actividades productivas de bienes y servicios, eliminación de trabas a la productividad derivadas de derechos sindicales y rutinas institucionalizadas, introducción de tecnologías y procedimientos que abaraten los costos finales, y de trabajadores adaptadas a ellos. Por razones políticas y de practicidad, no se busca una esclavitud regimentada de los trabajadores, sino su inserción voluntaria, entusiasta, individualista, “desindicalizada”, en los nuevos procesos de trabajo.

— Globalización de la gestión de la fuerza de trabajo, especialmente de aquella más tradicional y menos adaptada a los nuevos procesos. Condiciones

de trabajo, salarios, horarios, son progresivamente retirados de la negociación paritaria entre sindicatos y patrones para quedar sujetos a regulación estatal velada o abierta. Paralelamente, reducción o contención en bajo nivel de los salarios reales y el consumo popular.

— Dominio del capital financiero (interno y externo) sobre el Estado y los procesos productivos. Fenómeno sumamente notorio en Argentina, en México se lo trató de controlar (en 1982) con la nacionalización de la banca. En Brasil, algunas de las medidas anexas al Plan Cruzado, el alejamiento del FMI y la moratoria externa de 1987 evidencian una intención estatal de controlar al capital financiero.

— Disminución de la participación estatal en la producción de bienes y servicios y reducción del papel de la política fiscal como medio de control de la economía. Pero mayor actividad reguladora del Estado en lo que toca a salarios, precios, cambios, tasas de interés, etcétera, y fundamental papel de la política monetaria en el control de la economía.

— Mayor vinculación con la economía mundial. Apertura arancelaria, promoción de las exportaciones, aliento a la inversión extranjera directa, “capitalización” de la deuda externa, son algunos de sus instrumentos. Esta apertura difiere de las practicadas en los setenta por Chile, Uruguay y Argentina, que en ese entonces dejaron sus economías libradas a la suerte del mercado nacional e internacional. Se reconoce ahora la necesidad de una efectiva promoción estatal que propicie la inserción exportadora en el mercado internacional.

— Transformación de la planta productiva para atender prioritariamente (salvo tal vez en Brasil) las necesidades del mercado mundial, y ya no tanto las



del mercado interno, ni mucho menos las de la población carenciada.

— Relegamiento a un segundo plano (salvo, otra vez, en Brasil) de la producción de bienes de capital, que debería ser la base de un desarrollo autosustentado, en pro del crecimiento de las industrias internacionalmente competitivas.

— Persistencia de niveles relativamente elevados de inflación durante todo el tiempo en que se continúan aplicando políticas de ajuste basadas en transferencias de ingresos del trabajo al capital y en transferencias intersectoriales que favorezcan la reconstitución de la tasa de ganancia en los sectores líderes.

Todo lo anterior es conducente a un modo de

regulación y de producción “coreanizado”, subordinado a las exigencias de la acumulación de capital en los países centrales, basado en los bajos costos salariales, ecológicos y fiscales y en el subconsumo en los países subdesarrollados. A fines del siglo XX, visto el amplio grado de avance de las estructuras industriales de Argentina, Brasil y México, resulta innegable que la exportación de manufacturas y la reconversión industrial son necesarias para sacar a estos países del subdesarrollo. Lamentablemente, las políticas gubernamentales parecen hasta ahora conducir, más que al desarrollo, a la “industrialización del subdesarrollo”, como ya ha sucedido en el Sudeste Asiático. Esto es, al crecimiento preferencial de ciertas actividades manufactureras de expor-

tación, sin que este crecimiento se expanda y diversifique a todos los sectores de la economía y sin —mucho menos— que el mismo contribuya a solucionar las agudas carencias sociales de los países implicados. De continuarse por el rumbo arriba señalado, la exportación de manufacturas, instrumental a las necesidades del capital trasnacional y de los

Estados de los países capitalistas avanzados, constituirá muy posiblemente para los países más avanzados del Tercer Mundo la moderna forma que asumirá el ya secular intercambio desigual de valor-trabajo, con todo lo que éste implica de miseria, sobreexplotación, tendencia al autoritarismo y freno al progreso económico y social.⁶⁹